

## CRÓNICA MUSICAL

La temporada de conciertos sinfónicos que al frente de una fracción de la Orquesta Filarmónica de Viena han dirigido en el teatro Colón, Ricardo Strauss y Gino Marinuzzi, aunque brillante, no llenó, ni mucho menos, las aspiraciones de un pueblo moderno y cosmopolita cual lo es el de Buenos Aires.

En música, como en las demás artes, existen dos categorías de artistas: una formada por los que únicamente interesan a su pueblo o a su época, cuyas modalidades e inquietudes traducen con insuficiente fuerza para imponerse fuera de su patria o ante la posteridad, no obstante la popularidad enorme de que suelen gozar ante sus conciudadanos o contemporáneos; otra, la de los que por su genio, por la honda emoción humana que contienen sus obras, son admirados por el mundo y viven eternamente.

Ahora bien: Ricardo Strauss, en la confección de sus programas, no ha tenido en cuenta lo que acabamos de adelantar, pues en aquéllos figuraron compositores de interés puramente local para Alemania y fueron excluidos muchos modernos que pasarán o no a la posteridad, pero que el público de hoy aprecia.

Reconocemos desde ya — y ello es una circunstancia atenuante, tanto más que durante la pasada guerra soportamos la lista negra musical impuesta por los aliados — que en el estado actual de Europa, es humano que un alemán no quiera dirigir obras de los enemigos de su pueblo... Reconocemos también que las obras de Bach, Mozart, Beethoven, Wagner, el mismo Ricardo Strauss, son y serán sin duda por mucho tiempo los colosos de la música sinfónica y que es más difícil organizar una temporada sin ellos, que sin los autores de otros países y de otros tiempos.

Con todo, nos resulta falto de interés la audición de obras de Brahms — el más grande del grupo — Bruckner, Mahler, Pfitzner, Chaikowsky, otros más; músicos de segundo rango en el orden universal; adeptos de las escuelas pos-beethoveniana y pos-wagneriana, que “nada han aprendido y nada han olvidado” y siguen marcando el paso en sendas definitivamente cerradas por Beethoven y por Wagner; tomadas por muchos como brillantes auroras, cuando, en realidad, fueron dos esplendorosos ocaso: el de la sinfonía y el del drama simbólico-romántico.

Ricardo Strauss, en cambio, es un moderno; sin duda, a fuer de alemán, sujeto a la tradición, a los gustos, a la idiosincrasia, a la sensibilidad y mentalidad de su pueblo, ha sufrido la influencia de aquellos grandes genios, tan genuinamente germanos, pero sus obras, sus poemas sinfónicos, los llame así o sinfonías, responden a la nueva estética, se apartan de la forma clásica, son revolucionarios, dentro de lo permitido a un espíritu disciplinado, cual lo es el de un teutón...

Por ello, ningún público del mundo donde impere el sistema musical europeo, puede ignorar: “Muerte y Transfiguración”, “Sinfonía Doméstica”, “Till Eulenspiegele”, “Sinfonía Alpina”, “Así habló Zarathustra”, aún “Vida de Héroe” y “Don Quijote”, las dos más flojas, obras verdaderamente modernas, con tantas cualidades como defectos, pero de un dinamismo extraordinario, de una potencia sólo alcanzada por Wagner... Es indudable que con menos literatura, evidente en la generalidad de sus motivos inspiradores, Ricardo Strauss sería el gran evocador de nuestras agitaciones colectivas, el más grande de todos, aunque no lo suficiente para elevarse al rango de artista típico del siglo XX.

Al lado de uno de los grandes poemas sinfónicos de Strauss, ¡qué ñoñas resultaron las sinfonías del académico Bruckner y la del neo-clásico Mahler; vanos esfuerzos de pigmeos para seguir las huellas de Beethoven, el mayor genio de la música pura!

Gino Marinuzzi, dirigió un repertorio más ecléctico, pero lo dirigió peor... Buen director lírico, sobre todo en obras italianas, como director sinfónico resultó menos que discreto; aun en obras de compatriotas suyos, como el bello Concerto Grosso de Corelli, del que probó no haber comprendido ni el estilo, ni el espíritu.

Con un poco de atención, fácil era observar que la excelente Orquesta Filarmónica (en ella había algunos elementos técnicamente objetables, pero todos los instrumentistas eran artistas cultos y conscientes, capaces de desempeñarse en forma musical) no obedecía a la batuta del director italiano, cuando se trataba de obras clásicas; Marinuzzi hacía indicaciones de escaso buen gusto, pero los músicos, por costumbre o por conciencia, prescindían de aquéllas, de suerte que lo bueno de las interpretaciones fué obra de los profesores de orquesta, en contra de los deseos del director!

La deslumbrante "Scheherazade" de Rimsky-Korsakoff, "El Aprendiz de Brujo" de Paul Dukas, dos cortas y coloridas páginas de Pick-Mangiagalli, fueron las obras modernas que se ofrecieron en la temporada, de la que quedó excluido Claude Debussy, la más bella expresión del modernismo — exclusión injustificada e injustificable.

En el teatro Politeama se realizó una temporada sinfónica popular, a cargo de la Orquesta Filarmónica, compuesta por elementos locales, bajo la dirección de Ernesto Drangosch, Ferruccio Cattelani y Sigfrid Prager.

Orquesta formada por muchos buenos profesores, pero carente de cohesión, de estilo, de equilibrio; defectos agravados por la falta de ensayos, tuvo una actuación en extremo deficiente, lo que explica su fracaso financiero, previsto por todos, menos por la comisión de cultura organizadora de esos conciertos, la que acreditó ignorar los gustos y las tendencias del público, que no se atrae con propaganda callejera, sino con buenos programas, bien dirigidos.

Como novedades argentinas se ofrecieron: "Suite para orquesta" de Luis Sammartino, dividida en cuatro números:

“Paisaje”, “Danza”, “Intermedio religioso” y “Fiesta de aldea” que denota serias condiciones de compositor, si bien no disciplinadas, ni desarrolladas. La orquesta suena bien; en “Danza” y “Fiesta de aldea” hay fuerza rítmica, cierta poesía en “Paisaje” y discutible misticismo en “Intermedio religioso”. Obra de ensayo y de juventud, interesa, sobre todo, por lo que promete para el futuro, que esperamos sea cercano... El poema sinfónico op. 29 de Constantino Gaito, si bien obra de un maestro avezado y que conoce a fondo su oficio y los recursos de la orquesta, poco agrega a la fama de su autor.

Las novedades extranjeras fueron: “Requiem alemán” de Brahms; vasta y severa construcción sinfónica; grandiosa a ratos, pesada en ciertos momentos; pero realizada con nobleza y con saber: orquesta y coros están tratados en forma irreprochable y de su unión el autor logra grandes e impresionantes efectos. “Suite romántica” de Franco Alfano, cuatro números: “Noche Adriática”, “Ecos del Apenino”, “El Claustro abandonado” y “Navidad campestre”, de los cuales preferimos el tercero, que se inicia y finaliza con misterio y que está impregnado de mística poesía; y el cuarto, evocador del bullicio de una fiesta popular, con sus ritmos vivos y con sus canciones apasionadas. “Balada de las gnomidas” es una página interesante de Ottorino Respighi, inferior a las “Fuentes de Roma”, del mismo.

Señalemos la brillante actuación del violín solista Remo Bolognini, un artista maravillosamente dotado que triunfó en la Serenata Haffner de Mozart y en el Concierto en sol menor, op. 26 de Max Bruch.

La nota trascendental del año — el tiempo lo confirmará — fué la actuación de la Misión Peruana de Arte Incaico, en el teatro Colón.

Reconocemos, desde ya, que los espectáculos de arte incaico adolecieron de fallas fundamentales. La parte musical, bajo el punto de vista artístico, fué mala. La singular belleza de muchos motivos, la fuerza y novedad rítmica de varias danzas; el color, el sabor, la originalidad de los temas, perdie-

ron, en parte, su interés para el público, debido a una instrumentación sin carácter, ramplona, sin matices, y, sobre todo, a la constante repetición de los motivos, muy cortos, que llegó en ciertos momentos a abrumar al público. Un aficionado a la estadística contó ciento veinte repeticiones del mismo motivo, sin una variante, sin ningún trabajo armónico o de desarrollo que le diera nuevo aspecto...

En realidad, musicalmente lo que la Misión Peruana de Arte Incaico trajo a Buenos Aires, es una admirable materia prima, piedras preciosas en bruto, que una vez trabajadas por verdaderos artistas, se transformarían en joyas de inapreciable mérito, en obras del más bello y genuino americanismo. Ello basta y sobra para dar importancia a los espectáculos del Colón.

Pero aún hay más: la originalidad y riqueza de los trajes, incaico o coloniales (a raíz de la sublevación de Tupac Amará, los españoles prohibieron el uso de trajes incaicos, reemplazándolos por otros íbero-incaicos), la belleza y novedad de la coreografía; el campo que ofrecen la arquitectura y los tejidos al arte escénico; todo ello estilizado y modernizado, puede dar pie a espectáculos tan nuevos, tan bellos y originales, como los que organizara con elementos rusos y orientales, Serge de Diaghileff. En la plaza del Cuzco, de la escena *Inti Raijmi*, en el Palacio de los Incas de *Ollantay*, se vislumbra la posibilidad de crear algo digno de compararse a la *Scheherazada* de León Bakst, o a cualquiera de los mejores decorados de los bailes rusos que nos visitaron en 1913 y 1916.

Pío Collivadino, Jorge Bermúdez y Martín Noel, en pocos días con escasos recursos, organizaron y pintaron una escenografía, superior a todo lo que se ofrece en las temporadas líricas del Colón. ¿Qué no harían esos artistas y Alfredo Guido, Rodolfo Franco, López Naguil, González Garaño, otros más, con mayor tiempo y con más dinero?...

Al decir que la revelación incaica es trascendente para nosotros, nos hacemos eco de la impresión general existente hoy entre la enorme mayoría de compositores, pintores, decora-

dores, escultores, hondamente impresionados por esos espectáculos que abren nuevos horizontes al arte de América y que prueban que sobran aquí elementos para crear un nuevo arte, que nos liberte para siempre del europeísmo que tanto daño nos hace.

La "Sociedad Nacional de Música" está formada por 27 compositores argentinos y tiene por finalidad, dar anualmente una serie de audiciones de obras de sus socios.

En los cinco conciertos de este año se han estrenado las obras siguientes, de tendencia americanista:

"El Zorzal", "Cantares gauchescos" (No pienses, vidita mía..., Vámonos, vida mía...), "Vidalita" y "Vidita" de Vicente Forte. Este compositor siente como pocos nuestra música popular; podría decirse de él, que es una reencarnación de algún payador célebre, Santos Vega, verbigracia, pulido por una profunda cultura musical y literaria; en cuya obra reviven los cantares nativos, ennoblecidos con todas las galas de una estilización moderna y sencilla, sin inútiles complicaciones, pero con gran sentido del arte autóctono.

En la intensa emoción de "El Zorzal", sobre poesía de Edmundo Montagne; en la viveza rítmica de esa obra maestra poético-musical "Vidita" sobre un cantar de Miguel A. Camino; en el sabor tan genuino de los dos "Cantares Gauchescos" y en la estilización de la "Vidalita", letra de Edmundo Montagne, grato es saludar cinco de las más bellas melodías para canto y piano de la música argentinista.

Las "Cinco Canciones Argentinas" de Pascual de Rogatis, el gran compositor americanista del drama lírico "Huemac", y de los poemas sinfónicos "Zupay" y "Atipac", entre otras obras, son sabias estilizaciones de canciones y de danzas populares, realizadas con arte y con exquisita sensibilidad. "Vidala" (Rafael de Diego), "Canción de cuna" (G. Coria Peñalosa), "Gato", "Yaraví" y "Chacarera" sobre letra popular, son cinco estados de alma, genuinamente criollos, expresados con la sinceridad, la emoción y el sentido autóctono característicos en de Rogatis.

Sobre la fe de dos colegas, conocidos críticos, incluimos en la música argentinista a "Secreto", "Silenciosamente" y "A una coqueta", de Raúl H. Spoile, pues estas canciones fueron causa de uno de los mayores traspies de nuestra carrera de crítico; las juzgamos — y con nosotros la mayoría del público — como afrancesadas y resultó luego que eran estilizaciones de cantos populares... Es que un ritmo, un giro, no bastan para dar sabor a una obra; el canto popular exige, para ser transportado al arte, un profundo conocimiento de su espíritu, de su esencia, de sus características más sutiles; por no conocerlas, Raúl H. Spoile, hizo música con acento francés; que siga estudiando el cancionero, y logrará mayor éxito otra vez...

"Poema de la Quebrada" (Rumores de hojas, Vislumbres crepusculares e Hilo de agua), op. 79 y "Poema Antártico" op. 87, son dos obras muy pianísticas, de tendencia impresionistas, dos visiones de naturaleza que Alberto Williams ha realizado con el profundo saber habitual en él. En estas composiciones pueden señalarse más de un delicioso efecto armónico, más de una nota magistral.

"Evocaciones Americanas", letra de Leopoldo Díaz; música de Felipe Boero; tres melodías: "La Quena", "La ruina y el viento" y "La ola y la sombra", de las que por su carácter y su emoción, preferimos la primera, sin desconocer que las dos últimas significan un encomiable esfuerzo en una tendencia incaica no seguida hasta ahora por el autor, que se dedica al criollismo pampeano.

El Quinteto para arcos y piano de José André, está construido sobre dos motivos populares: uno melódico, el de la Décima de Pavón, otro rítmico, el de una hueya. En esta obra, el autor permanece fiel a la tradición de la "Schola Cantorum" de París, donde completó sus estudios, pues ha escrito una composición severa, de espíritu clásico y de forma cíclica, en la cual, pese a los motivos populares argentinos, planea el alma y el estilo de César Franck... Sin embargo, por su construcción, sus proporciones, su nobleza, es un esfuerzo digno de

respeto y de elogio, que, técnicamente, tiene un puesto destacado en nuestra música argentinista.

Floro M. Ugarte, inspirándose en los siguientes versos de Estanislao del Campo:

- I Entre sombras se movía  
el crespo sauce llorón.
- II Y la noche se acercaba  
su negro poncho tendiendo.
- III Al suelo se "descolgaban"  
cantando los pajaritos.

ha escrito una serie de tres piezas para piano titulada "De mi tierra", en las que un impresionismo moderno logra sugerir, mediante el uso de motivos de danzas y canciones populares, el alma de las escenas evocadas por el poeta criollo.

Con dos canciones de Alejandro Inzaurraga, terminaremos la lista de obras de carácter. "Descendiendo" y "Toda una vida" se titulan estas melodías, en las que es justo señalar más de un acierto.

Como obras sin colorido nacional, recordamos: "Introducción y Allegro" y "Ave María" de José Gil, de noble carácter clásico y de impecable factura; "Tres Poemas (Soledad, Canción ingenua y El retorno, poesías de Rafael A. Arrieta), de José Torre Bertucci, bien construídos, pero sin emoción alguna; "Otoñal" (Rubén Darío), "Momento" (Margarita Abe-lla Caprile) y "En el verde prado" (Gerónimo Zannié) de la señorita Monserrat Campmany, que denotan un serio progreso, pero no pueden aun satisfacer del todo las aspiraciones de la joven artista; "Nueva Salve" (Alberto Williams), de Ricardo Rodríguez; "Las tres Hermanas" (A. Davidson Ficke) y "El Murciélagó" (Manuel Ugarte) de Floro M. Ugarte, en las que imperan el saber y la sensibilidad de los dos autores.

*Gastón O. Takamón*